

RESENHAS

MARTÍN, Francisco Ferrándiz. *Escenarios del cuerpo. Espiritismo y sociedad en Venezuela*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2004. 229 pp.

Fernando Giobellina Brumana
Universidad de Cádiz

El culto de María Lionza es una religión de posesión venezolana que opera con una serie de entidades místicas, principalmente mediante su recepción en los cuerpos de sus agentes, médiums adiestrados a tal efecto. Las entidades místicas que así se manifiestan son espíritus de muertos, en algunos casos de individuos insignes como el padre de la patria, Simón Bolívar, o el médico José Gregorio Hernández –en vías de beatificación por la Iglesia Católica-; en otros, figuras mitológicas como la propia María Lienza; en los más, finalmente, representantes estereotípicos de clases de personajes que habitan la realidad y/o la imaginación del pueblo venezolano, “figuras que provienen del cómic, la leyenda, la farándula o la televisión”. Estas clases son las ‘cortes’: camareros, indios, africanos, vikingos, médicos, libertadores, malandros... No es un panteón fijo y determinado, sino en evolución continua, añadiendo nuevas figuras, desplazando su significado, atribuyéndoles nuevos desempeños corporales durante la posesión. Así, como contrapunto al aumento de la violencia, en los últimos años diversos espíritus incorporados realizan prácticas de autoflagelación que llenan de sangre los centros, como de sangre están llenas las calles de las barriadas populares.

El de María Lionza es un culto subalterno, no sólo o no tanto por la extracción social de sus gentes, sino más bien por la inoperancia de éstas en relación a los espacios en los que las cosas se reparten y deciden. No es una doctrina sobre el Bien y el Mal, sobre la salvación del Alma, sobre el destino de la Ciudad; es una práctica mística a la que se acude para enfrentarse con las aflicciones más inmediatas, las más cercanas al cuerpo: salud, dinero, amor. La cura es el objeto central del culto, la manera por la que los espíritus

ganan luz para subir en la escala mística, la manera también por la que los agentes se ganan la vida, al menos en parte. La cura y su reverso, la producción de daño. La hechicería está, como fantasía o como realidad, presente en el conglomerado marialioncero.

El carácter subalterno del culto hace que sus agentes y agencias escapen a todo intento de normalización, de jerarquía, de unificación doctrinaria y ritual; así fracasaron los intentos que al efecto algunos sectores letrados llevaron a cabo décadas atrás. Estos sectores, por otra parte, intentaron dar legitimidad al culto otorgándole una profundidad temporal de siglos de la que carece; la documentación no permite datar la configuración del culto mucho antes de 1940. Religión nueva, producto de innumerables síntesis, canibalizaciones, trueques, tergiversaciones, de tantos otros mecanismos de conjunción y producción simbólicos, no deja de modificarse. Se mantiene muy en el día a día de la realidad venezolana, como instrumento que complementa en lo espiritual la ardua tarea del 'rebusque', del buscarse la vida cotidiana de millones de venezolanos con un pie en la marginalidad y el otro sin sostén fijo.

La dinámica del culto es otra de las instancias de esa batalla interminable. La ciudad espiritista sobrevuela la ciudad urbana, pero también la intercepta, la complementa, la prolonga. Los centros marialionceros están larvados de conflictos que con frecuencia llevan al cisma, a la deserción de grupo de fieles que abren centros rivales, multiplicando así la dispersión, la serialidad indiferente y antagónica de los sectores excluidos. Una manifestación religiosa de esta naturaleza, por otra parte, está destinada a tener relaciones complejas con el poder. Desde su surgimiento, el culto ha sido al mismo tiempo perseguido en mayor o menor medida e instrumentalizado como mecanismo de control político. Persecución y manipulación no impide que el culto de Maria Lionza sea, ante todo, una teoría práctica de la realidad venezolana tal como ésta se ve desde sus márgenes. El pasaje entre la realidad vivida y su elaboración religiosa es entonces tan continuo como perturbador. Tal como ocurre con la presencia de los violentos espíritus malandros:

“Con su llegada, el trance se convierte en un momento de ósmosis entre los altares marialionceros y las densidades y texturas del peligro urbano, entre los cuerpos de los fieles y

los callejones, quiebros y escalinatas de los barrios, entre las oraciones y cánticos espiritistas y las microtopografías de la violencia, entre las curaciones místicas y los ajustes de cuentas”.

Lo dicho hasta ahora es un esquema telegráfico del culto de María Lionza que nos describe Ferrándiz. El propósito de su libro es “cubrir el arco que se extiende desde las experiencias más intimistas y subjetivas del trance hasta los factores históricos, culturales, sociales, políticos y económicos que condicionan, infiltran y modulan sus formas características de corporalidad”. Este arco, sin embargo, no se nos presenta en foto fija, sino como un registro de un itinerario hecho de los itinerarios de las gentes con las que Ferrándiz trabajó en campo. Un antropólogo nómada –Oviedo, Madrid, Berkeley Virginia, Caracas, Utrecht, Morelos, Bilbao...- acomoda con familiaridad su mirada a los múltiples trayectos que recorren los agentes y los pacientes del culto entre ciudades, montañas, bosques. El hilo conductor de este viaje es el cuerpo, el cuerpo como ámbito de aflicción, como lugar de manifestación mística, como objeto de socialización de la tan particular práctica y experiencia de la posesión. Con una perspectiva teñida de la fenomenología reinante en buena parte de la antropología estadounidense –ésta es una tesis presentada en la Universidad de Berkeley-, la investigación pretende apegarse a la inmediatez de lo vivido por los fieles, a las ‘claves sensoriales’ de las ceremonias, a los estados internos alterados en el trance:

“Ese proceso de reforma corporal que es la vida del médium es siempre un complicado e imprevisible itinerario por los celos, los caprichos, configuraciones sensoriales, motores y gestuales, texturas étnicas y de género, hablas, videncias y cualidades terapéuticas que caracterizan a los diferentes espíritus del extenso panteón marialioncero. Es un recorrido corpóreo a través de fragmentos desiguales de memoria reelaborados en los rápidos remolinos de la cultura global, tal y como se experimenta en los márgenes de la sociedad venezolana”.

El texto se desarrolla en cinco etapas. La primera es una presentación histórica, en buena medida destinada a desmitificar las pretensiones marialionceras de remontar su culto a la noche de

los tiempos y a presentar las vicisitudes del culto en la sociedad venezolana. La segunda nos introduce en la ciudad espiritista, en los centros de culto, en las ceremonias. La tercera indaga el aprendizaje por el que el cuerpo del médium pasa para dar cuenta de –y dar remedio a- los cuerpos cotidianos que se afanan en sobrevivir en el duro ‘rebusque’

La cuarta es una suerte de inciso sobre la antropología visual; más bien una yuxtaposición de una discusión de los distintos planteamientos metodológicos que al respecto se han sucedido sobre la cuestión, por un lado, y una mucho más interesante narración de cómo el autor trabajó con su cámara de video en campo y del cruzamiento y potenciación de miradas que así se produjo. El propio hecho de que sea un discurso –y no una película- lo que en verdad dé el significado del experimento parecería una respuesta –negativa- a las esperanzas de Ferrándiz.

La ausencia de sistematicidad del culto es reproducida en una escritura que escapa al sistema, pero que, quizás por esa misma razón, es capaz de hacernos llegar el ‘punto de vista fugitivo’ de los hombres y mujeres del culto, estos personajes siempre al borde del cataclismo. Rubén, Elide, Francisco, José Luis, Inés, E.H., Daniel, tantos más, no son informantes en el sentido de las metodologías etnográficas escolares, no son ‘casos’. Son gentes con las que Ferrándiz ha conseguido establecer el puente entre alteridades mutuas que permite un tránsito al conocimiento y al reconocimiento. **Escenarios del cuerpo**, como toda buena antropología, nos muestra que el otro también es un yo.